



Gerardo Reichel-Dolmatoff: la tradición etnológica en Colombia y sus aportes

LUIS HORACIO LÓPEZ DOMÍNGUEZ

Fotografías de Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

EN el siglo XX, los estudios sistemáticos de la antropología, la etnología, la lingüística y la arqueología en Colombia están vinculados, sin duda, a la creación del Instituto Etnológico Nacional, —adscrito al Ministerio de Educación Nacional— por iniciativa del presidente de la república, Eduardo Santos, y gracias al empeño del primer director del Servicio Arqueológico Nacional, don Gregorio Hernández de Alba, en 1938. Con la primera generación de profesionales formados en antropología se adelanta un trabajo de campo sostenido, a través de misiones de reconocimiento de los pueblos indígenas de las diferentes regiones étnico-culturales del país.

Entre las misiones pioneras, se pueden mencionar las realizadas por el etnólogo francés Paul Rivet a territorios de los chimilas y los yucos, que se financiaron con fondos que desde Londres hiciera llegar el jefe del gobierno provisional de Francia, general Charles de Gaulle, como también se financió la expedición científica a Yurumanguí encomendada a Ernesto Guhl y Alicia Dussán. Por otro lado, la Universidad de Yale patrocinó las misiones de Gregorio Hernández de Alba al Cauca y los primeros trabajos de Roberto Pineda Giraldo.

En plena guerra mundial toda Europa se ve amenazada por el nazismo. El politólogo francés André Siegfried aboga ante el presidente Santos por la suerte de un grupo de jóvenes científicos que podrían venir a Colombia, entre los cuales se encuentra el austriaco Gerardo Reichel-Dolmatoff (Salzburgo, 1912-Bogotá, 1994), quien por entonces contaba veintisiete años de edad. Para enero de 1940 ya está trabajando en Bogotá, con la Texas Petroleum Company, en tareas de deslinde de tierras, utilizando cartografía aérea, y así continuó haciéndolo hasta 1941.

La Richmond Petroleum Company también desplegaba en ese tiempo un ambicioso trabajo investigativo sobre tradición y tenencia de tierras con potencial de hidrocarburos en su subsuelo. Más de medio centenar de abogados dirigidos por el eminente jurista Antonio Rocha revisaban archivos notariales y los libros sacramentales de las parroquias de aquellos municipios donde se sospechaba pudiese haber petróleo. Se fue formando así un catálogo de datos minuciosamente reseñados, sobre tradición de tierras, de partidas de matrimonio y de bautizo, mecanografiadas con cinta de algodón en papel mantequilla. Acopio que alcanzó varios centenares de volúmenes.

Página anterior:

Alicia Dussán y su informante Milciades Chaves sobre cimientos de una casa, en Pueblito, Sierra Nevada de Santa Marta, 1946.

A finales del siglo pasado se descubrió este fondo documental en un antiguo local, tapiado, del barrio bogotano de Santafé. Los volúmenes estaban acompañados de dos ataúdes de metal, de esos que se usaban para transportar a Estados Unidos a los petroleros occisos, infartados o flechados por los indios en su resistencia al invasor.

En 1942 la Richmond Petroleum Co. contrató al joven Reichel-Dolmatoff como dibujante de microfósiles y material lítico que traían a Bogotá los ingenieros de sus exploraciones de campo. Su trazo fino y minucioso dejó una huella aún no descubierta de estos primeros trabajos, que se observará después en los perfiles de los bordes de los tiestos de cerámica, en las vasijas y objetos líticos que más tarde dibujará Gerardo Reichel para ilustrar los textos de sus publicaciones arqueológicas. Sus registros fotográficos, en blanco y negro, de sus estancias en terreno serán además, en lo etnográfico, un aporte singular, por la calidad de su trabajo.

Eran tiempos aquellos de la posguerra mundial, en los que el espacio investigativo estaba ligado, casi exclusivamente, a faenas orientadas, por las compañías petroleras, a la exploración geológica. Al mismo tiempo, la devastadora actividad de la gaaquería nutría el coleccionismo privado de hacendados, comerciantes, diplomáticos, curas, maestros, con las piezas precolombinas de oro, tumbaga, cerámica y talla de piedra y acrecentaba las colecciones de los museos de Europa: British Museum, Volkerkunde Museum, Museo del Hombre y otros más.

Aún Colombia, en su distribución demográfica era mayoritariamente rural y preferentemente se asentaba su población en las cordilleras andinas y en el litoral caribe. A la periferia de las entonces denominadas fronteras de colonización, en forma desparramada por litorales, llanuras y selva amazónica, se asentaban comunidades de indios apenas mencionadas por ingenieros de las petroleras, misioneros y aventureros: etnias de cazadores y recolectores en el noroeste del Amazonas y en las llanuras del Orinoco; de tribus semisedentarias de pescadores y cazadores, en un régimen de autosubsistencia de selva tropical húmeda del Pacífico; en un espacio que la sociedad mayor denominaba “tierras de misión”.

Mientras tanto otros indios —o, mejor, campesinos indígenas—, con contactos más intensos con la sociedad “blanca”, específicamente los del Cauca —guambianos y paeces—, orientaban su economía hacia los centros de mercado de Silvia, Popayán y Belalcázar. Eran etnias que continuaban luchando por el dominio de la tierra de sus ancestros y el reconocimiento por el gobierno central de su lengua, su cultura y sus tradiciones.

Reichel, en sus andanzas por el Tolima, conoce en aquella época de los años cuarenta al líder indígena Manuel Quintín Lame, que luchaba por la recuperación de tierras de resguardo de los descendientes de los pijaos. Los antropólogos de entonces les practicaban a los indios —en sus intentos clasificatorios— muestras de sangre y mediciones antropométricas, recolectaban vocabularios y transcripciones fonéticas de mitos, elementos de su cultura material, y trataban de tender vínculos entre las comunidades indígenas y el gobierno central —a modo de mediaciones—, en sus reivindicaciones socioculturales. Como lo hacían Luis Duque Gómez, Antonio García, Juan Friede, entre otros colegas, dando impulso a un embrionario movimiento indigenista, ya fortalecido en México bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas.

De su paso por el Tolima, Reichel-Dolmatoff publicó en la revista del Instituto Etnológico Nacional, por el año de 1946, un sugestivo repertorio de topónimos de Tolima y Huila.



Chicho Arias (arribero), Atánquez, 1950.

Entre su abundantísimo anecdotario sobre las relaciones con las etnias colombianas, había una de sus primeros contactos con los guahíbos de los Llanos, que dejó una impronta en sus recuerdos. Específicamente con su guía indio y colaborador en las labores de alimentación, quien cubría únicamente con guayuco sus partes nobles. Pasadas varias semanas en terreno, el investigador Reichel-Dolmatoff se dio cuenta del deplorable estado de su pantalón de dril y optó por desecharlo y estrenar el de reserva. Al día siguiente su guía no aparecía con el café mañanero; después de soste-



Mujeres aguadoras en el río Ranchería, Magdalena, 1953.

nidos gritos de llamada, al fin lo localiza en una mata de monte, enfundado en el pantalón hecho un harapo. Al recriminarlo por su ausencia y demora en iniciar las labores, responde displicente: "Yo, indio fino... no trabajar más...".

Las etnias entre las que el profesor Reichel-Dolmatoff tuvo más largos períodos de permanencia fueron, sin duda, la de los koguis de la Sierra de Santa Marta, al comienzo de su actividad investigativa (allí periódicamente recibía el reproche de los mamas: "¿Hasta cuándo, hermanito, vas a aprender...?"), y entre la de los tukanos del noroeste amazónico, a cuyas estructuras de pensamiento y manejo ecológico de su medio dedicó su atención en los últimos decenios de su existencia, desde mediados de los años sesenta, y donde aprendió a consumir yagé con los chamanes amazónicos.

A comienzos del siglo XX, el alemán K. Theodore Preuss había publicado un minucioso texto de observaciones, en alemán, de sus viajes patrocinados por el Museo Etnológico de Berlín a los territorios de las comunidades koguis asentadas en

las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta. Decenios más tarde el investigador Reichel-Dolmatoff asciende a los antiguos territorios de los taironas y comienza con texto en mano a reubicar en la memoria de los mamas, o sacerdotes koguis de la Sierra Nevada, las apreciaciones de su antecesor en las faenas investigativas, refrescando su memoria. Allí logra identificar al hijo del informante de Preuss, el mama Julián Nolavita, quien se convierte en uno de sus más cercanos interlocutores, ya en época posterior a la segunda guerra mundial.

Ahora retrocedamos un decenio, para ubicarnos en la forma cómo, en nuestro medio, se desenvolvía aquella confrontación bélica.

REICHEL Y LA RESISTENCIA FRANCESA EN BOGOTÁ

Instalado en Bogotá, en 1940, Gerardo Reichel-Dolmatoff se pone en contacto con los inmigrantes europeos residentes en la capital y se incorpora al movimiento de resistencia contra el nacionalsocialismo.

Forma entonces Reichel-Dolmatoff parte del Comité Nacional Francés de Colombia. Recibe el carné número 93 del Comité Adherente y del Comité De Gaulle.

Reichel participa activamente en las reuniones y se le designa para el cargo de secretario del delegado del Comité Nacional Francés. En Bogotá se iba consolidando un grupo de refugiados europeos (suizos, alemanes, polacos, españoles, franceses) que habían emigrado a Colombia.

En octubre de 1942 el delegado era Lionel Vasse, al frente del grupo de la Resistencia que abarcaba espacialmente los movimientos de refugiados en Colombia, Venezuela y Trinidad, y Gerardo Reichel colaboraba con él en calidad de secretario.

Resultan prejuiciados, entonces, aquellos comentarios sobre la vinculación, en Bogotá, de Reichel-Dolmatoff a los movimientos pronazis, que en un desafortunado texto registra Eduardo Rueda Enciso. Texto que fue duramente comentado por el antropólogo Santiago Londoño Vélez al señalar que “es aprovechado por el autor para descalificar injustamente a Gerardo Reichel-Dolmatoff, en términos impropios para un debate académico” (Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. 30, núm. 33, 1993, pág. 126).

Quizá si Eduardo Rueda hubiese confrontado sus fuentes directamente con Reichel-Dolmatoff, en vez de invocarlas como ciertas, tal vez hubiese visto los documentos que registraban lo antes dicho y que hace años yo pude ojear en su biblioteca. O quizá si hubiese indagado entre los alumnos de jurisprudencia de aquella época de la Universidad Nacional, como Pedro Gómez Valderrama o Carlos Restrepo Piedrahíta, habría identificado los nombres de aquellas estudiantes que sí simpatizaban con el nacionalsocialismo en el campus universitario y hacían explícita su admiración por Adolfo Hitler. Hasta habría podido identificar los líderes —de origen caldense o llanero— de las marchas de las juventudes profascistas, o camisas negras, por las calles bogotanas, o simplemente revisando las publicaciones seriadas de la época habría podido documentarse seriamente.

En aquel año, 1942, Gerardo Reichel decide obtener la carta de naturalización como colombiano, nacionalidad que mantiene hasta su muerte. Para entonces ha-

ha comenzado amores con Alicia Dussán, alumna del Instituto Etnológico Nacional, en la Normal Superior de Bogotá, y coincidentalmente, dentro de los cupos de emigración a Estados Unidos, Reichel recibe la notificación del suyo, pero ya ha decidido quedarse a vivir en Colombia.

Alicia Dussán Campuzano quien se convertirá en su esposa, era bachiller del Gimnasio Femenino y había ingresado a la Universidad Nacional de Colombia, donde cursó sociología y jurisprudencia en la facultad de derecho. Previamente había tenido un *stage* en Alemania, en el Instituto Friedrich Wilhelm, de la Universidad de Berlín. A la facultad de jurisprudencia también asistían la antioqueña Blanca Ochoa y la hija del diplomático Joaquín Quijano Caballero, Cecilia; ambas habían estudiado en Alemania. La primera casa con el político liberal Gerardo Molina, y su compañera Cecilia Quijano será la esposa de Gilberto Vieira, secretario general del Partido Comunista Colombiano.

La antropóloga Alicia Dussán se une en matrimonio con Reichel-Dolmatoff por el año de 1942, en la capilla de Santa María de los Ángeles de Bogotá. De su unión le sobreviven su hijo mayor, René, dedicado a las artes plásticas; sus hijas antropólogas Inés y Elizabeth, quien le dio sus primeros nietos, en matrimonio con el también antropólogo Martín von Hildebrand, y Helena, la menor, bióloga especializada en patología vegetal.

La antropóloga Alicia Dussán Campuzano, de stirpes huilense, santandereana y cundinamarquesa, con su patrimonio logra equilibrar el sostenimiento familiar y apoyar el desarrollo de las investigaciones de campo, subvencionadas parcialmente con los fondos de fundaciones y gobiernos de países amigos. Estos fondos les permitieron disponer de alguna seguridad económica, a diferencia de los demás colegas antropólogos, quienes en buena medida se vieron restringidos en sus ingresos, por su vinculación exclusiva a la nómina oficial del Ministerio de Educación, al limitado acceso a los magros presupuestos de investigación del Instituto Etnológico Nacional, hoy Instituto Colombiano de Antropología e Historia. La madre de doña Alicia colabora en las faenas cotidianas de la crianza de los niños Reichel Dussán.

Doña Alicia, coautora, con su esposo Gerardo, de múltiples publicaciones, hoy dispersas en libros y revistas, comparte en el terreno las faenas de recolección y marcación de los hallazgos arqueológicos, colabora en las labores de docencia, le acompaña en los viajes a congresos internacionales y en el recibimiento a sus colegas visitantes a Barranquilla, Cartagena y Bogotá. De por vida será su permanente auxiliar en las actividades investigativas y académicas. Todo esto contribuye a que el investigador Reichel-Dolmatoff no tenga que distraerse en las faenas domésticas o burocráticas y explica en parte la fecunda producción intelectual y el voluminoso trabajo de terreno, en un período de la vida nacional en que aún se mantenían más o menos íntegros los sistemas culturales tradicionales de las etnias indígenas colombinas.

Pasados treinta y cinco años de sus primeras incursiones a los territorios indígenas, con ocasión de recibir el doctorado honoris causa otorgado por la Universidad Nacional de Colombia, por entonces bajo la rectoría de Marco Palacios, manifestaba a su auditorio: "Mi deuda con Colombia es grande, pues, fuera de haberme dado un hogar, me ha abierto un inmenso mundo de su pasado y su presente indígena, un cosmos tan rico y tan apasionante como difícilmente lo hubiera encontrado en otra parte. Al haber hecho conocer, dentro y fuera del país, este mundo aborigen, he tratado de retribuir aunque fuese una mínima parte de lo mucho que le debo a Colombia".



El baile de tigre, Morroa (Sucre), 1956.

A la par que Reichel investigaba en el Tolima y luego en el litoral caribe, en la Sierra Nevada de Santa Marta, Roberto Pineda y Milcíades Chaves realizan las primeras expediciones a territorios de los pijaos, que fueron sufragadas con comisiones del Ministerio de Educación. Después vendrá la misión a territorio de los yucos realizada por la antropóloga sangileña Virginia Gutiérrez y futura esposa de Roberto Pineda Giraldo. En Popayán, con el apoyo de la Universidad de Yale, investiga Roberto Pineda Giraldo con Rowe, Foster y Whiteford. Esto para destacar apenas enumerativamente el impulso investigativo inicial de ese puñado de antropólogos enfrentados a la complejidad sin límites de la sociedad y las subculturas regionales de Colombia.

PAUL RIVET, MAESTRO DE REICHEL E IMPULSOR DE LA ETNOGRAFÍA COLOMBIANA

Es innegable que fue el científico francés Paul Rivet el impulsor de la etnología sistemática en Colombia. Rivet, políticamente, mantuvo siempre una actitud contestataria y un debate de ideas entre sus discípulos y contertulios, en una larga y agitada vida de investigador.

Las ideas positivistas y la ideología liberal de Rivet encajaban adecuadamente con el pensamiento amplio y la formación humanística del doctor Eduardo Santos, impulsor, sin duda, en el país del movimiento de renovación educativa y del desarrollo de la investigación y la formación profesional en la Escuela Normal Superior de Bogotá. Es así como logra el presidente Santos incorporar como orientador de los estudios de formación de antropólogos al eminente etnólogo Paul Rivet, a quien conocía de antes y con quien cultivaba una amable amistad en sus estacionales viajes a París y sus visitas a Trocadero, al Museo del Hombre, en cuya dirección Rivet había sucedido al etnólogo Verneau, a la muerte de éste.

El médico psiquiatra José Francisco Socarrás dirigía en Bogotá, con sin igual diligencia y acierto, para entonces, la Normal Superior, a la que se adscribe el Instituto Etnológico Nacional, impulsado por Rivet.

Paul Rivet (Wassigny [Ardenas], 1876-París, 1958), médico militar y de sanidad, graduado a la edad de veintiún años en Lyon, permanece en Ecuador de 1901 a 1907, a donde vino en la misión de medición del meridiano ecuatorial. Allí casó

La hoja de palma utilizada como vela, en la costa baja de Cartagena, 1954.





Viejo de Turbo, en el Golfo de Urabá, 1958.

con Mercedes Andrade Chiriboga, quien será su compañera de por vida. Sus experiencias botánicas y de coleccionismo, así como el contacto con las etnias nativas del Ecuador, especialmente de Riobamba, le llevan a dar un giro a su vida. A su regreso a Europa abandona la medicina y se dedica a trabajar en el Museo Nacional de Historia Natural. Un año después es designado secretario de la Sociedad de Americanistas.

Durante la primera guerra mundial participó como médico en las batallas de Verdún y Marne, y su esposa fue herida en un episodio cuando evacuaba en ambulancia soldados heridos en el frente de batalla.

Un conocimiento previo de los pueblos del Pacífico y su recorrido por las colonias francesas de Guinea y Costa de Marfil, y por la inglesa de Nigeria, así como sus viajes a Indochina, permitieron a Rivet establecer comparaciones con las etnias del litoral pacífico americano y aventurarse a formular contactos transcontinentales.

apoyado en elementos de navegación favorecida por las corrientes del Pacífico, de voces lingüísticas (alguna vez en Basilea un diplomático malayo me reclamaba el origen asiático del vocablo —que yo consideraba “tan nuestro”—, *tumbaga*, que designa la aleación de oro y cobre); también de testimonios arqueológicos, en los que se apoyó para escribir más tarde el celebre libro *Orígenes del hombre americano*, publicado en español por el Fondo de Cultura Económica de México, con múltiples reimpresiones. Obra que fomentaría la apertura mental a varias generaciones de latinoamericanos, muchos de los cuales, antes de su lectura, estaban convencidos de que el mundo americano había iniciado su vida cultural en 1492, con el arribo de Colón y sus tres carabelas.

Aprovechando la agitación e impulso urbanístico en Francia, al ser declarada París sede de la Exposición Internacional de 1937, se construye en los terrenos del palacio de Trocadero un ala dedicada al Museo del Hombre, la otra al Museo Naval. Allí confluyen las colecciones etnográficas y arqueológicas y las publicaciones etnográficas de diferentes pueblos ágrafos del planeta, muchos de ellos colonizados por Francia en África. Así se fue organizando cada una de las colecciones etnográficas por salas y culturas, al estilo de “instalaciones”, en amplísimas vitrinas independientes, de las sociedades arcaicas, en un intento de traer al visitante la visión más próxima a la cotidianidad de aquellas etnias, para muchos exóticas. Ese renovador esfuerzo de Georges-Henri Rivière, el subdirector, nos lo aclara así André Leroi-Gourhan: “Cuando tuve que organizar la sección Ártico, fuimos con Rivière a estudiar formas de presentación inspirándonos en los escaparates de los grandes almacenes parisinos” (*Las raíces del mundo*, 1986, pág. 33).

Pero más allá del coleccionismo son los grandes problemas del poblamiento y de la evolución humana lo que interesa a los etnólogos franceses. Con Paul Rivet trabaja en la docencia el sobrino de Emile Durkheim, el etnólogo Marcel Mauss, con quien tomaban clases en París el joven Reichel y otros estudiantes: Griaule, Denise Pauline, la bibliotecaria del museo; Pei, paleontólogo chino. “Lévi-Strauss y Francastel llegaron un poco después”, anota Leroi-Gourhan. Estudiantes que para entonces se interesaban por los denominados pueblos primitivos, en un momento en que se estimulan misiones de recolección cultural y lingüística en distintos continentes. La etnografía comparada francesa y el conocimiento de los sistemas de vida de los pueblos preindustriales orientaban sus observaciones y registros.

Así recordaba Reichel-Dolmatoff sus años de estudiante en París: “Oí muchas conferencias de Marcel Mauss y, ante todo, de Georges Gurvitch, pero debo admitir que en aquel tiempo no me di cuenta de que me encontraba con la presencia de grandes maestros. Yo vivía en la Cité Universitaire, y así tuve amigos de todas partes del mundo: incluso conocí algunos latinoamericanos, entre ellos Álvaro Ortega, colombiano estudiante de arquitectura. Los estudiantes leíamos *La nausée* de Sartre, veíamos las grandes películas de aquellos años; vi a Serguéi Lifar, a Louis Jouvet, descubrí los versos alejandrinos de Racine; pero al mismo tiempo algún amigo me introdujo al salón de Gertrude Stein, y allí estaba Picasso y un grupo de vanguardia, o tal vez, de retaguardia de algo que estaba en movimiento...”.

Había nacido Reichel-Dolmatoff en Salzburgo, en época en que aún se mantenía el Imperio Austro-Húngaro, el 6 de marzo de 1912, bajo el signo astrológico Piscis. De su infancia reconocía, en las tiendas de los anticuarios de Londres que visitaba en su ancianidad, sus preferencias por los juguetes y objetos prusianos que le fueran familiares.

Por nueve años se le internó en un colegio regentado por los monjes de la regla de san Benito, en el monasterio de Kremsmünster, y luego continuó su formación en Viena, hasta 1933.

En sus primeros años de vida en familia le había favorecido ese ambiente de campo, unido a un clima académico de sus parientes sanguíneos paternos, que le orientan en las lecturas, le acogen en sus charlas de adultos y le abren interrogantes sin tregua.

En las aulas benedictinas se familiarizará con las lenguas clásicas: el latín y el griego, y los textos de los filósofos, geógrafos, políticos y naturalistas griegos y romanos, así como con el pensamiento occidental cristiano aristotélico; así mismo, con la literatura de viajes, crónicas y aquellos textos descriptivos de tierras y etnias lejanas que animan y devoran su imaginación.

Mi educación estuvo en manos de personas que pertenecían al siglo XIX, era la época imperial, y eso naturalmente se expresó en la orientación que se dio a mi formación. Me educaron para "su" época, sin tener en cuenta los grandes cambios que se iban produciendo. Nunca pensé hacer de mis intereses intelectuales una profesión. Aún, en aquellos años, uno no iba a la universidad para sacar un diploma sino para adquirir conocimientos, para absorber lo mejor que la tradición clásica, humanística, podía dar a una persona joven. Temo que hoy en día es difícil entender eso, pero soy un producto de aquella época y no pretendo ser otro.

No obstante, advierte que, a pesar de la cultura *demodé* en la que se le socializa, y dados los cambios geopolíticos en el mundo posteriores a la primera guerra mundial, "afortunadamente también me enseñaron a adaptarme y a mirar los acontecimientos con ecuanimidad, aunque nunca con indiferencia". Podría, entonces, repetir con Ortega y Gasset, a quien admiraba: "Soy yo y mis circunstancias".

En plena juventud viaja a Berlín y París. En Alemania su estancia alcanza tres años, en la Akademie der Bildenden Künste, de Múnich. Sus estudios son básicamente de orientación artística, de talleres, lecturas y de inmersión en el gratificante mundo de los museos, las galerías y la vida cultural de la época. De ahí la insistencia en su formación más que en el perfil de una profesión liberal como se entiende hoy.

Sale en 1937 de Alemania y continúa su orientación hacia las bellas artes y las letras, en la Universidad de París (Sorbona), en la facultad de letras, hasta 1939. Paralelamente asiste a la escuela del Louvre, donde tiene ocasión de alternar con los curadores, estudiar los testimonios artísticos y materiales de las civilizaciones de Oriente, consolidando lo que él llamaba una cultura humanística.

En 1938 Bogotá cumple cuatrocientos años de su fundación hispánica, y el gobierno nacional promueve una gran exposición etnológica y arqueológica, confiando su organización a Gregorio Hernández de Alba. Colaboran con él Marcelino Castelví, acucioso lingüista capuchino, y otros misioneros que se trasladan desde el Putumayo, en delegaciones con indígenas de Sibundoy y de la península de la Guajira. Se concentra así una muestra étnica en la fría Bogotá, fundada por don Gonzalo Jiménez, similar a la que ofreciera el navegante Colón a la reina Isabel con indios traídos del Caribe, al retorno de sus viajes de ultramar.



Vista de la población San Miguel de los indios kogui en la Sierra Nevada de Santa Marta, 1947.

Son invitados a los actos oficiales de la conmemoración los científicos Paul Rivet y André Siegfried, quienes orientan conferencias, conceden entrevistas y publican artículos en *El Tiempo* sobre los orígenes y poblamiento de América y además andan un poco de cabildeo por los lados del palacio presidencial.

Gregorio Hernández de Alba es escogido por los huéspedes franceses para que se entrene en etnología en el Museo del Hombre. Le seguirá Eliécer Silva Celis, quien participará en los talleres y laboratorios, en las cátedras magistrales y en expediciones arqueológicas. De la experiencia en Europa y África, Silva traerá un esqueleto de gorila y una colección de muestras de piezas líticas europeas que deposita en su recién fundado Parque Museo de Sogamoso, patrocinado por la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Allí, a lo largo de su vida, concentró los hallazgos y adquisiciones de la cultura material del territorio muisca, del altiplano cundiboyacense, fruto de su medio siglo de excavaciones y de recolección de cultura material.

LA GENERACIÓN DE VANGUARDIA

Es singular el dinamismo que imprime la visita de Rivet y Siegfried a la cumpleañosera Bogotá. Se establece un plan de trabajo, se redactan decretos y se asignan recursos, aulas, materiales de enseñanza; se traen libros, manuales e instrumentos antropométricos. Por fin el país cuenta con el primer centro de investigación del hombre colombiano para el estudio de su pasado y presente: el Instituto Etnológico Nacional.

Una corriente de inmigrantes republicanos españoles ya había emprendido una activa labor investigativa: José Pérez de Barradas con Guillermo Hernández de Alba en la zona arqueológica de San Agustín y en los hipogeos de Tierradentro (Cauca). De su labor quedó una valiosa colección de textos con ilustraciones y fotografías de diferentes culturas prehispánicas de Colombia: quimbaya, muisca, tolima, calima, y, posteriormente, de trabajos sobre la composición metalúrgica de las piezas de orfebrería que integrarían la colección inicial del Museo del Oro del Banco de la República.

Otros españoles trabajan también en actividades exploratorias: el infatigable taxonomista vegetal José Cuatrecasas; José de Recasens, arquitecto y arqueólogo; el geógrafo Pablo Vila, quien ensaya una caracterización regional del territorio colombiano. Entre los alemanes, Justus Wolfgang Schottelius, quien explora el sitio arqueológico de la cueva de los Santos, de cultura prehispánica guane, y Ernesto Guhl, quien con Vila se dedicó a formar las primeras generaciones de geógrafos colombianos, en la Universidad Nacional; por último mencionamos a Eginhart Mengius, dibujante sin par de cartografía etnográfica y arqueológica, quien encuentra su postrer morada en Sogamoso, en el Parque Arqueológico, en una de las salas del museo, después de trabajar por años, bajo la dirección de Silva Celis, realizando con miniaturizada maestría el mapa del territorio de los muisca, lastimosamente nunca reproducido en impresión policroma.

Son alumnos de este grupo de científicos e investigadores europeos un puñado de jóvenes colombianos, venidos de la provincia la mayoría, y que ingresan a la Escuela Normal Superior. Allí se forma el primer núcleo docente de trabajo de los profesores inmigrantes, entre ellos Gerardo Reichel-Dolmatoff.

Lo que diferenciará su vida de investigador de la de sus otros colegas de generación fueron sin duda las relaciones tempranas de Reichel con programas, centros, universidades e investigadores de Europa y Estados Unidos y su trabajo un tanto autónomo. Ello le permitió —como lo hemos mencionado ya— lograr patrocinio para sus trabajos de terreno, dándole cierta solvencia financiera a su actividad investigativa de terreno. También le permitió que algunos de sus estudios e investigaciones lograran publicarse en el exterior, con la ventaja adicional de poder leer, y también escribir, en inglés, francés y alemán, e ir figurando a escala internacional como antropólogo, arqueólogo y etnólogo.

Sus lecturas exploratorias en disciplinas de frontera de lo social le hicieron universal en sus enfoques y en la exploración de fenómenos biopsíquicos y neuroculturales, más allá de los límites y concepciones tradicionales entre la etnografía y la arqueología.

Entre tanto, sus colegas mantuvieron la labor investigativa en el Instituto Etnológico Nacional, combinando docencia con labores de gabinete, y laboratorio con salidas

a terreno. El resultado de las misiones y estudios de esta generación pionera se registró parcialmente en los órganos de difusión del Instituto Etnológico Nacional y posteriormente en la Revista Colombiana de Antropología.

Sus compañeros colombianos ocuparon la dirección del instituto después de Paul Rivet, y de su sucesor, el arquitecto catalán José de Recasens y Tousset. Así el antropólogo Luis Duque Gómez fue postulado como primer colombiano para dirigir el instituto.

Para Luis Duque Gómez fueron múltiples las áreas de interés investigativo: antropología física, etnohistoria, arqueología, museografía, etnolingüística, en una amplitud de sitios, proyectos y temas. En lo arqueológico San Agustín, y los quimbayas en lo etnohistórico. Duque Gómez es, pues, de su generación, la cabeza gerencial del movimiento que busca institucionalizar un espacio de trabajo y de formación antropológica y arqueológica en Colombia: al comienzo en la dirección del Instituto Etnológico Nacional, y después en las instituciones en que con toda la vitalidad y entusiasmo ayudó a consolidar en el país el Museo del Oro y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Fueron estratégicas sus contribuciones como editor y colaborador en la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la Academia de la Lengua y en la Academia Colombiana de Historia, cuya presidencia ocupó en dos ocasiones, en la última casi hasta su muerte.

Bajo el tan debatido gobierno del presidente Misael Pastrana Borrero, dirigió con energía y decisión la Universidad Nacional. Porque Duque Gómez trabajaba en la burocracia en Bogotá e incursionaba en el espacio cordillerano de San Agustín y Tierradentro en sus investigaciones arqueológicas. Entre tanto Reichel-Dolmatoff y Carlos Angulo Valdés se movían investigando entre Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, en la estación etnológica del Magdalena, y contaban con el apoyo de la Universidad del Atlántico y de la gobernación del departamento y disponían de un órgano de difusión: el Boletín del Instituto Etnológico del Magdalena.

En la Universidad del Cauca investigaban Henri Lehman y Julio César Cubillos. Y en Cali, junto con Víctor Manuel Patiño, se dedicaban a la formación de museos de historia natural, a formar colecciones de arqueología y a estudios etnográficos entre los indios de la región.

Cada uno de aquellos pioneros de la antropología fue cubriendo áreas y fenómenos apenas explorados: violencia, sistemas familiares, regionalización de las estructuras espaciales del territorio colombiano, estudios antropométricos, antropología médica, lingüística, arqueología.

Cada nuevo antropólogo incorporado a este movimiento etnográfico contó para la difusión de sus trabajos con las páginas de las revistas académicas: Boletín de Historia y Antigüedades, Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Revista Colombiana de Folclor y otros órganos de difusión cultural del país y del exterior.

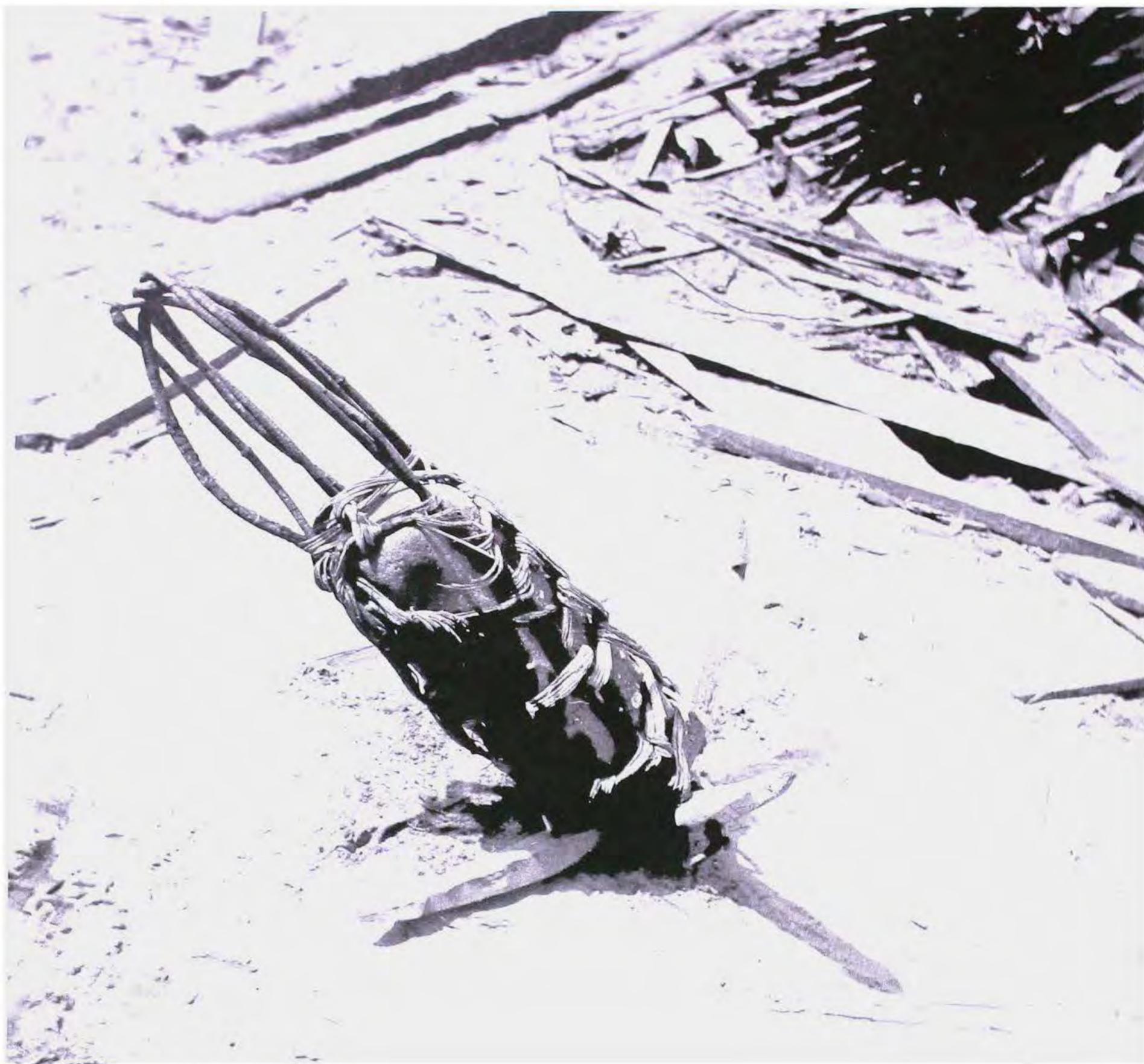
Si retrocedemos ahora medio siglo, nos encontraremos con los primeros antropólogos colombianos formados en el país, estudiantes de la Normal Superior: Luis Duque Gómez, Gabriel Giraldo Jaramillo, Edith Jiménez, Blanca Ochoa, Graciliano Arcila Vélez, Eliécer Silva Celis y Alicia Dussán. Cursan un plan de estudios de antropología, con entrenamiento en recolección de datos de terreno, investigaciones antropométricas y clasificación sanguínea, registros fonéticos de



Camino en las cercanías de San Miguel de los indios kogui, Sierra Nevada de Santa Marta, 1947.

lenguas nativas, análisis de contenido de las lecturas, técnicas de fichaje de datos culturales, registro de citas y referencias bibliográficas, técnicas de excavación arqueológica, laboratorio cerámico, museografía, enfoques de síntesis y de registro descriptivo de elementos culturales, lingüísticos y arqueológicos, de etnografía antigua o contemporánea. Con un perfil profesional distinto de las cuatro profesiones clásicas del medio: derecho, ingeniería, medicina o teología.

Aquel grupo pionero de antropólogos, que recibieron su diploma de manos del presidente Santos, iniciarán un relevamiento de las manifestaciones etnológicas del territorio colombiano desde la década de los cuarenta, con un significativo y variado caudal de aportes etnográficos, arqueológicos, cuando esta sociedad fragmentada se aproximaba a un profundo proceso de descomposición de sus formas tradicionales de vida, se invertía la relación poblacional campo-ciudad que se enrutaba a la descomposición de las formas de supervivencia tradicionales de la vida rural, envuelta en un torbellino de iniquidades, violencia y muerte sin tregua.



Ancla de madera y piedras, Orpúa (Chocó), 1960.

Pero en los nacientes desarrollos como disciplina académica de las ciencias del hombre en Colombia, no dejaban de intervenir en un contexto más amplio, de la segunda guerra mundial, las posiciones ideológicas frente a las fuerzas en conflicto de docentes y alumnos del Instituto Etnológico Nacional...

POSICIONES POLÍTICAS ENCONTRADAS EN TIEMPOS DE GUERRA

Los alinderamientos ideológicos y las posiciones políticas derivadas de la adhesión a los Aliados o a los países del Eje entre inmigrantes europeos y los estudiantes colombianos produjeron fisuras irreparables dentro de la comunidad de la Escuela Normal y el Instituto Etnológico Nacional. Porque Rivet, su director, no concebía que entre algunos de sus amigos y colaboradores se dieran preferencias hacia el nazismo. Ese Rivet que logra salvarse de la Gestapo en 1940, que viaja fugitivo

en trenes y automóviles por Francia, hasta llegar a España. Perseguido por su posición política como miembro del Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas y uno de sus fundadores en 1934.

Como director del Museo del Hombre de París, en sus planteamientos museográficos insistía en la diversidad de las sociedades y las culturas humanas, con una concepción plurirracial y etnocultural frente a los esquemas piramidales de las desigualdades raciales entre arios y el resto de la humanidad que pregonaba el nacionalsocialismo.

Doña Alicia Dussán, también alumna de Rivet, en su discurso para ingresar como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias, nos ofrece una semblanza biográfica inigualable de la vida del ilustre etnólogo y que ha nutrido aquí este perfil, por lo que le ofrecemos nuestro agradecimiento.

Así narra Alicia Dussán la posición ideológica de Rivet como director del Museo del Hombre ante las fuerzas de Adolfo Hitler:

El día que las tropas alemanas invadieron a París, en 1940, [Rivet] como director del Museo, a pesar de su odio por los nazis, ordenó abrir como siempre las puertas del museo, pero hizo colocar en ellas el famoso poema de Kipling titulado If, como desafío a la adversidad del momento. Este poema fue siempre un credo para la vida de Rivet. En el mismo museo, pronto se organizó clandestinamente un núcleo de resistencia francesa. Cuando la Gestapo iba a apresar a Rivet, en el último instante él escapó, pero encarcelaron [a miembros del] personal científico y administrativo de esta institución, algunos de los cuales fueron ejecutados...

Fue, pues, para Rivet un golpe de la fatalidad encontrar en los registros periodísticos de Bogotá reseñas de actos sociales donde aparecían como asistentes a recepciones de iniciativa pronazi algunos de sus colaboradores. Se llenó de desencanto y nunca aceptó tales actitudes. Prefirió continuar su recorrido por América.

Con su primera cosecha académica, después de graduar a sus alumnos, traspasa a José de Recasens y Tousset la dirección del instituto. Catalán, de formación en arquitectura, Recasens y Tousset había trabajado en Burdeos como asistente del abate Henri Bruhl, y tenía excelente formación humanística y una fácil y sorprendente capacidad de transmisión con su asombrosa habilidad para graficar en esquemas sus ideas. El instituto tenía buen timonel.

Entonces Rivet viaja a México, donde se vincula a la embajada de Francia como agregado cultural. Vuelve a París y colabora con la Unesco. Reassume la dirección del Museo del Hombre. Preside el consejo directivo de la radio y la televisión francesas. Al final de su vida, sigue produciendo y viajando. Veinte años después de su estancia en Bogotá y de haber sembrado el movimiento investigativo etnográfico y arqueológico en Colombia, muere en París en 1958.

Es así como puede entenderse la presencia de Reichel en Colombia y sus vínculos con Paul Rivet, su maestro, su padrino de boda y su mentor. Bajo su orientación y derroteros es como se inicia la labor docente e investigativa de Reichel. Como se hace antropólogo. Que sea el doctor Eduardo Santos quien recoja este sentimiento, en carta de 1969, al comentar la aparición de la obra *Desana*:



Nicho con ofrendas de promeseros en La Popa, Cartagena, 1957 (cultura criolla de Bolívar).

Su lectura ha revivido el recuerdo de mi gran amigo el profesor Paul Rivet, quien sentía por usted y por Alicia gran simpatía y sincera admiración, plenamente justificada, pues la labor que ustedes han realizado, no sólo en el campo de la arqueología y la antropología sino en el de la cultura general, sobrepasa los límites de la Patria...

Desde su vinculación, como miembro, al Instituto de Geografía e Historia de la Unión Panamericana, vienen sus estudios de las obras de Boas, Murdock, Morgan, Mead, Linton, Benedict y Kardiner. Otro tanto de la antropología social británica. Conoce sus libros al detalle, al igual que los de autores más contemporáneos, como el estadounidense Service, en quien se inspira para el dise-

ño de sus modelos interpretativos de los cacicazgos subandinos. Amigo de los mexicanos Juan Comas y Pozas Arciniegas, mantendrá un intercambio de publicaciones y correspondencia nutrida y permanente. Johannes Wilbert, director en Venezuela del Instituto de Ciencias Naturales de la Salle, con quien sostiene una larga y productiva amistad, colabora en la edición de los escritos de Reichel. Otro tanto puede decirse de su amistad con Richard Evans Schultes, estudioso de las plantas alucinógenas y de las sustancias psicotrópicas de América. Este botánico y farmacólogo de la Universidad de Harvard obsequiará a Reichel, con una sentida dedicatoria, una de sus obras: *Vine of the Soul: Medicine Men, their Plants and Rituals in the Colombian Amazonia*, y que dice: "Es un honor y un placer dedicar este volumen a nuestro amigo el Profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff Sci. D., F. L. S., célebre antropólogo de terreno, perceptivo científico interdisciplinario, prolífero autor, dedicado conservacionista y comprensivo amigo de los indios y su cultura. Su investigación ha sido un factor eminente en el establecimiento de sabias leyes de la República de Colombia para la protección de sus pueblos indígenas".

Por aquella misma época de la inauguración del Instituto Etnológico Nacional, el Banco de la República funda el Museo del Oro, cuya colección se ha acrecentado con las compras a guaqueros y coleccionistas de piezas de orfebrería, hasta llegar a constituirse en el mayor centro en su género en el mundo y la ampliación de cuya sede se proyecta concluir en el 2005. Mientras el Museo Arqueológico Nacional se nutría del trabajo investigativo de arqueólogos nacionales y extranjeros, el Banco Popular organizaba otro y crecían las colecciones de los centros universitarios. Uno de los textos más fascinantes de Reichel es aquel de 1988 en el que sigue la huella simbólica y formula relaciones entre la orfebrería y las representaciones chamánicas.

Las ediciones de libros y revistas como la Colombiana de Folclor, del Instituto Etnológico Nacional y las Etnológicas del Atlántico y del Cauca van dando dinamismo social y difusión al trabajo de los antropólogos y los arqueólogos.

Reichel trabajó un tiempo en Bogotá, tras lo cual, como hemos dicho, se traslada a la costa caribe y permanece allí, dedicado a la investigación en las poblaciones y sitios arqueológicos del litoral caribe.

En la Universidad del Atlántico imparte la primera cátedra de antropología médica. Entabla amistad con el núcleo de intelectuales y hombres de letras de Cartagena: Eduardo Lemaitre, Ramón de Zubiría, Alejandro y Mauricio Obregón, así como con estudiantes, curas, médicos, alcaldes, inspectores de policía, prácticos y peones de excavación para movimiento de tierra y transportistas.

Múltiples episodios marcan en el recuerdo su relación con las gentes de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, así como sus incursiones en la Guajira entre los wayús, y en la Sierra Nevada: la altivez étnica de los koguis, la dura experiencia de comunicación lingüística con los mamás, la espontaneidad de sus ayudantes de campo y la separación de su familia nuclear. Pero la disciplina de vida de investigador se impone siempre.

En la década de los setenta será una experiencia única su viaje en helicóptero a la Sierra, invitado por uno de sus discípulos, el entonces director del Instituto Colombiano de Antropología; a esa Sierra, donde había ascendido antes a pie y en cabalgadura. En aquella ocasión visitó los frentes de excavación del sitio arqueológico

lógico conocido como Ciudad Perdida, y su apreciación le hizo decir que, en verdad, era una ciudad perdida para la ciencia, por la intervención en una pretendida restauración de obras de arquitectura de ruinas de obras de piedra, como terrazas y caminos enlosados, devoradas por la vegetación de la sierra.

En lo que respecta a su relación con los samarios, sea del caso mencionar, en lo musical, la amistad con Carlos Vives, quien dedica su disco *La tierra del olvido* a los esposos Reichel-Dolmatoff: "Este breve homenaje a las personas que han dedicado su vida, a luchar por el respeto, la dignidad y el derecho a la no integración de los primeros habitantes de nuestras maravillosas, pero olvidadas tierras. A Gerardo y Alicia Reichel y por supuesto a las nuevas generaciones", 1995, Sonolux.

Dos libros de Reichel, de carácter etnohistórico y etnológico, se convierten en clásicos de la antropología del caribe colombiano, legado de su actividad investigativa: *People of Aritama*, estudio monográfico del poblado mestizo *Atánquez* en las estribaciones de la Sierra, con su esposa como coautora, quien publicó también una descripción del trabajo de tejido de mochilas y diversos sistemas de intercambio entre los moradores. Y *Los Kogi*, en dos tomos, donde Reichel-Dolmatoff nos muestra en profundidad una visión temporal, desde los taironas hasta sus descendientes, los koguis de la década de los cincuenta, en un enfoque integrado de etnografía antigua, etnolingüística, arqueología y compilación de tradiciones culturales y concepciones de su mitología.

De 1941 a 1963, su labor investigativa se halla vinculada, primero, al Instituto Etnológico Nacional y, luego, al Instituto Colombiano de Antropología. Así ocupa sucesivamente la dirección de varias secciones de esta última entidad y colabora, casi religiosamente, con su revista, entregando cuatro textos suyos al año, y adicionalmente redacta reseñas bibliográficas de obras recientemente editadas, de científicos colombianos y del exterior.

Su estancia en la Estación Etnológica del Magdalena, como fundador e impulsor, junto con Angulo Valdés, dura de 1954 a 1960.

Para sus investigaciones cuenta con becas y *grants* de universidades y fundaciones estadounidenses: el Smithsonian Institute, de 1950 a 1963; Guggenheim Fund, de 1973 a 1977, y muy al comienzo de su labor, de 1951 a 1953, la Werner Green Foundation.

Al cumplir Reichel 46 años de edad, la Universidad del Atlántico le otorga un doctorado honoris causa, que siempre estimó con especial orgullo, así como la cálida e intensa amistad con Carlos Angulo Valdés y Aquiles Escalante.

Al trabajo de campo en el litoral caribe le sucederá un reconocimiento arqueológico y etnográfico del litoral pacífico, en el marco del Proyecto del Área Intermedia, auspiciada por el Institute Andean Research, desde Punta Ardita hasta Buenaventura, que comprendía recolección y prospección arqueológica y textos sobre las etnias del Chocó.

De su trabajo de campo en el litoral pacífico nos dejó una curiosa descripción del movimiento apocalíptico liderado por un mestizo de larga cabellera conocido como "El Hermanito", quien perece ahogado al creerse capaz de caminar sobre las aguas del océano no tan Pacífico.



Indígena pintando la casa, Vaupés, s.f.

FORMACIÓN UNIVERSITARIA DE ANTROPÓLOGOS EN LOS AÑOS SESENTA

En la década de los sesenta se producen múltiples cambios en la fisonomía del país y el continente: la reforma y modernización del Estado, la agitación estudiantil, el movimiento guerrillero colombiano, la Revolución Cubana, la exploración del uso de psicotrópicos (marihuana y hongos alucinógenos) y la expansión de la contracultura *hippie* a través del Cuerpo de Paz, y que envolvieron a los jóvenes en aquellos vientos de cambio que agitaron los espacios universitarios. Fue así como también se despertó un inusitado interés por los estudios sociales y por la formación en las disciplinas antropológicas, en los nacientes departamentos de antropología.

Gerardo y Alicia Reichel orientaban en la Universidad de los Andes los programas, pioneros en el país, de formación de antropólogos, el cómo, ya lo veremos. En la facultad de ciencias humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Luis Duque Gómez. En Medellín, Graciliano Arcila Vélez, en la Universidad de Antioquia. En la Universidad del Cauca, el Instituto Etnológico del Cauca, en Popayán, dio paso a la organización del departamento de antropología de la facultad de humanidades, bajo la orientación de Hernán Torres. Le sucede en la etapa de aprobación de sus planes de estudio, en la decanatura, Luis Horacio López, acompañado de un grupo de colegas de las nuevas generaciones de antropólogos: Edgardo Cayón, Eugenia Villa Posse, Marta Villamizar, Fernando Liévano, discí-



El cepo, aún funciona en varias regiones de Colombia, en Las Piedras, Toluviéjo (Magdalena), 1954.

pulos de los esposos Reichel, Roberto Pineda Camacho y profesores y egresados de la Universidad del Valle, entre ellos el arqueólogo Julio César Cubillos y el lingüista egipcio Norman Aljash. Años más tarde, los egresados de antropología de la Universidad del Cauca vendrán a liderar el trabajo docente en antropología en la Universidad de Antioquia.

En estos cuatro centros universitarios, se han graduado casi un millar de antropólogos, a más de los miles de profesionales de otras disciplinas que han recibido instrucción en antropología, en los últimos treinta años de actividad académica. En el ejercicio profesional propiamente de los antropólogos y arqueólogos, las áreas de actividad y/o subsistencia muestran una muy marcada dispersión temática, en una sociedad donde el estatus de este profesional no tiene el del médico, del abogado, del ingeniero civil o eléctrico, o del arquitecto. Entre los campos de trabajo se cuentan la docencia universitaria o la investigación en el medio educativo, de la salud, de la criminalística, los programas de antropología aplicada, las labores de investigación patrocinados por entidades gubernamentales, como el Icanh, los centros universitarios, las organizaciones no gubernamentales (ONG),

las fundaciones nacionales o de patrocinio internacional. Otros logran realizar un trabajo independiente, en las más disímiles actividades y campos de acción. Porque nada le es ajeno a la antropología o a la inventiva para la supervivencia profesional de aquellos para quienes no ha sido viable aún consolidar un trabajo corporativo profesional.

SU HUELLA ACADÉMICA EN LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Con una amplia experiencia acumulada de investigaciones en los campos de la etnografía, la lingüística, la etnohistoria y la arqueología, y también con su trayectoria en la docencia en la Universidad del Atlántico, la vinculación a la Universi-

Nuchus del chamán Rufino, Arquía (Chocó), 1958.



dad de los Andes marcará, en el cielo vital del profesor Reichel, una impronta imborrable, hacia 1962, cuando está llegando a su medio siglo de existencia. Termina aceptándoles a su rector, don Ramón de Zubiria, y al vicerrector, doctor Hernando Groot, la invitación a organizar un programa de formación académica en antropología.

El médico Groot conocía a Reichel a través de los encuentros en la Sociedad de Biología de Bogotá, de la que ambos eran miembros, y en sus viajes a Cartagena. La Universidad de los Andes estaba diseñando la estructura curricular para sus programas de pregrado, y se trataba de organizar un colegio de estudios superiores, el cual termina por denominarse Facultad de Artes y Ciencias.

Se abren matrículas para los programas de estudios de antropología. La nómina de docentes se va acrecentando con Alicia Dussán, quien estaba vinculada al Centro Interamericano de Vivienda, José de Recasens, Segundo Bernal, Stanley Long (norteamericano quien perece ahogado en el Vaupés, semestres más tarde de haberse vinculado a la Universidad de los Andes), Juan Villamarín, de la Universidad de Brandais; Egon Schaden, antiguo profesor de la Universidad de São Paulo y experto en etnias amazónicas, para los cursos de antropología. Las demás asignaturas: idiomas, historia, biología antropológica y humanidades, los cursos complementarios y de electivas los imparten los otros departamentos de la facultad de artes y ciencias u otras facultades. En los inicios busca motivar a futuros alumnos.

En una de sus primerísimas charlas a los estudiantes de la Universidad de los Andes, por el año 1962, generará una insólita situación que recordaba con especial sentido del humor negro: "Aún antes de fundarse el departamento de antropología, yo iba a dar una conferencia para motivar a los estudiantes que eventualmente fueran a interesarse en estudiar antropología, e iba a hablarles del panorama antropológico del país. Para eso necesitaba un mapa de Colombia e hice llamar a una oficina donde hubiera material didáctico para conseguirlo. Pero no había un mapa de Colombia. Pedí un mapa de Suramérica, pero tampoco lo había. Se acercaba la hora de la conferencia, y entonces pedí un mapamundi, y nada. Por teléfono una señorita decía: —Mire, profesor, en esta universidad no se enseña nada que tenga que ver con mapas de Colombia: eso es de bachillerato". Cuando nos recreó el episodio, en el curso de etnología de Colombia, añadía a modo de conclusión "Con razón en esta universidad no saben dónde están parados". Y así lo había confirmado a través de un rápido test que les practicaba a sus interlocutores uniandinos, cuando sorpresivamente preguntaba: "¿Qué hay detrás de los cerros de Monserrate y de Guadalupe? Me miraban con ojos atónitos —dice Reichel— y nadie sabía. Preguntaba: ¿Qué pueblos, qué valles, que ríos? No hubo contestación. Cuantas veces no me pregunté entonces: ¿Cómo hago para motivarlos a conocer Colombia? ¿Cómo haré para que se den cuenta de la maravilla de su diversidad étnica, cultural y ambiental, de las riquezas de las culturas indígenas pasadas y presentes, de la gama de posibilidades de adaptación, de nuevos horizontes?". Ambas anécdotas las consignó en un texto publicado con ocasión del homenaje que le rindió la Universidad de los Andes al concederle el doctorado honoris causa. Y concluía: "No sé si he tenido éxito. Sé que ahora hay mapas en la universidad y que los estudiantes saben que hay detrás de Monserrate, pero eso no es mérito mío".

Impartió tres asignaturas a su paso por los Andes: arqueología de América; arqueología de Colombia y etnología de Colombia, las que alternaba de semestre a semestre. En ellas desplegaba, en un recorrido espaciotemporal, una visión panorámica, comparativa y detallada de los sitios selectivos del pasado y las etnias del

presente, adobada por anécdotas, por comentarios agudos sobre la situación o estado de las investigaciones, por críticas teóricas y los aportes de otros estudiosos. Eran cursos con una intensidad de cinco horas semanales. El profesor Reichel hablaba tres, y sus alumnos exponían en dos las lecturas, sobre los temas investigados en la biblioteca, y se comentaban en una mesa redonda, semanal. Al comienzo de la sesión, indicaba quién expondría y luego quienes comentarían la exposición, y así nos entrenaba para aprender a dominar el miedo de hablar, a pensar con autonomía y criterio y, sobre todo, a evitar la improvisación, en este país del “más o menos” o de la mediocridad exaltada.

Puntualidad a la hora de iniciar clase, claridad en las ideas en la exposición, curiosidad y rigurosidad en la revisión de la bibliografía alrededor del tema, y una recomendación más contundente: siempre desconfiar de los otros. Paciencia en el trabajo de terreno con informantes y no desesperarse, así se nos repitiera la misma anécdota o acontecimiento veinte veces. Porque quizá a la veintiuna versión hubiese una variante significativa o un dato nuevo. Periódicamente distribuía temas para los escritos individuales y no faltaban las pruebas parciales.

Invitaba a sus clases de etnología colombiana a sus antiguos colegas del Instituto Etnológico Nacional o del Ican: Luis Duque Gómez, para que hablara de sus hallazgos en San Agustín o de los antiguos quimbayas; a Juan Friede, sobre sus trabajos en el Archivo de Indias y sus trabajos de etnohistoria acerca de la conquista de los muiscas. Cuando recibíamos a los maestros invitados, ya nosotros habíamos leído y digerido sus textos.

En el ejercicio de repasar las amarillentas hojas de apuntes de sus clases de etnografía, veo la recurrencia en sus ideas fuerza. En los motivos gestores de su posición ideológica frente al indio y el sentido de la dignidad. En una época en que aún no se reconocía constitucionalmente que Colombia era pluriétnico y otro tanto pluricultural, y la ley 080 de 1890 trazaba la normatividad para ir sometiendo las comunidades salvajes a la civilización cristiana, Reichel-Dolmatoff iba denunciando la negación de nuestra sociedad al indígena de disponer de la capacidad mental de un contenido abstracto, insistiendo en que había asociaciones y correlaciones lógicas que nosotros no teníamos en nuestra cultura.

Pues, según el profesor, el indígena disponía de un universo simbólico diferente, de una manera de abordar los grandes interrogantes de la familia humana: ¿de dónde venimos, para dónde vamos, qué hacemos aquí en este planeta? Incógnitas abordadas de modo diverso. O aquellas que nos repetía en el salón de clase: “¿Por qué sale el sol?, ¿por qué hay gente buena y gente mala?, ¿qué es la vida?, ¿por qué estamos en este mundo?”, insistiendo en que nos bajáramos de la nube del etnocentrismo, subrayando cómo nuestras soluciones no siempre son las mejores, señalando las ambivalencias de nuestra cultura. Y concluyendo cómo la aculturación destruía el esfuerzo milenario de formas de pensamiento humano, en algunos casos con más armonía y equilibrio en sus respuestas y soluciones a aquellos problemas universales: una armonía más cercana a la naturaleza. Para concluir que quizá el etnólogo se contagiaba de lo que denominaba “la nostalgia del neolítico” y consideraba la escritura como el pecado original de la especie.

En el desarrollo de cada sesión de la asignatura mediaba una elaborada liturgia académica, en la que las fichas de sus datos o apuntes para su clase, en su mano izquierda, se cruzaban con la cigarrillera de oro o el cigarrillo rubio siempre encendido y sus anteojos.

En su proyección académica, a su paso por la Universidad de los Andes, trató de dejar una impronta en la personalidad de sus alumnos: la formación de un pensamiento científico, racional, más que la guía por los impulsos o las pasiones. El autocontrol. El respeto por el otro. Aunque consideraba que aquella tesis del relativismo cultural en boga era también relativa, en cuanto a que no había comportamientos mejores o peores, sino distintos, de acuerdo con el contexto en que se desenvolvían. Cuestionando la falta de estética del nudo de la corbata de uno de los amigos de una de sus hijas, me rectificaba en aquello del relativismo, sosteniendo: "El relativismo termina en la puerta de nuestra casa", y "el señor no sabe vestirse, porque no somos más que animales disfrazados de cultura".

Otro elemento que transmitió hasta el delirio era el marchar con la época, con el rigor del pensamiento científico y buscar estar al tanto de lo que sucedía a su alrededor. Se autocatalogaba como un diletante. Mas no como sinónimo de dispersión o desorden en sus temas de investigación, sino como apertura a las nuevas corrientes de pensamiento, a los hallazgos de la ciencia y a los aportes que desde otras disciplinas podría recibir la antropología para enfrentar las grandes incógnitas de la especie humana. Afirmaba:

A mí siempre me han interesado estas zonas liminales donde la etnología se encuentra con la biología, es decir, con los hechos de la naturaleza, y con la psicología, el mundo de la imaginación, las cosmovisiones que construyen las diversas sociedades de lo que perciben y conceptualizan. Se trata aquí de influencias muy tempranas en buena parte recibidas en casa o a través de bibliotecas académicas. De acuerdo con las disponibilidades, yo leía mucho del mundo eslavo, de Asia central y Siberia. África y Australia no me atraían, pero en cambio leía sobre el trópico americano y sobre Polinesia.

A diferencia del señor Claude Lévi-Strauss, quien, tras permanecer unos meses en el trópico, bautizó uno de sus primeros libros *Tristes tropiques*, esta zona territorial para Reichel-Dolmatoff es subyugante, única, insustituible y colmada de sorpresas. Sin determinismos geográficos, consideraba que eran tantos los estímulos que moldeaban la personalidad, que era inevitable hablar de ellos. Así, de modo magistral, resume, comparándolo con la Europa de las estaciones y los ritmos solares, la singularidad del trópico:

Me parece que ciertos ritmos y periodicidades internas se desarrollan de modo más lento en Europa y que en el trópico se aceleran y piden decisiones más rápidas. Una tempestad tropical, un aguacero, una sequía, todo eso tiene otro sentido aquí; en el trópico se vive más intensamente; uno está más consciente de procesos, de cambios, de ciclos. Uno es más consciente de estar vivo y de pasar la vida. Aquí veo una gran fuente de estímulos intelectuales y estéticos porque esa intensidad de la vida abre dimensiones y posibilidades de conducta humana que no se presentan en Europa. La experiencia tropical ha sido y sigue siendo esencial para mi vida.

Ligadas a ese espacio tropical están las etnias pobladoras, los indios, en quienes vierte su atención y su trabajo analítico-investigativo durante el último jalón de su vida y obra, colmada de análisis y de asombro, de admiración y respeto.

De su propia vida apenas hablaba. Su timidez, su distancia social unida a su elevada humanidad hacían considerarlo, a primera vista, un ser vanidoso o hasta engreído, para quienes nunca le habían tratado. Con sus contertulios más cercanos siempre dejaba correr un humor cáustico pero gracioso. No podía pasar desapercibido en las reuniones, a las pocas que acudía, siempre acompañado de su esposa. Concedió en su vida no más de tres entrevistas con ocasión de los homenajes que recibió. Sus primeros alumnos le acompañaron en sus viajes de investigación de terreno a San Agustín y el Amazonas. No dejó memorias, ni apuntes personales; lo que tuvo que decir lo dejó publicado. Ya se había despojado de su biblioteca, transfiriéndola, en los años ochenta, a un centro universitario del Japón.

Siempre insistiendo desde la cátedra en el valor científico y humanista de las culturas, para nosotros los antropólogos en formación, y base fundamental de las nacionalidades. Subrayando la riqueza pluriétnica de Colombia, tres veces más que la de Brasil; su multiplicidad de lenguas; la fuerza viva de lo indígena frente a su discriminación social, frente al desprecio por lo popular, como una sobrevivencia de una actitud colonial.

Y señalando la vigencia, en revistas y periódicos, de los estereotipos de considerar a los indios como infantiles, como salvajes para los más, y atrasados, al medir el progreso por el rasero de lo tecnológico y lo económico. Consideraba que las culturas humanas eran un laboratorio de posibilidades insospechadas de la conducta humana. Siempre concluyendo su comentario con un gesto de interrogación: “¿ajá, Luishache?; ¿ajá, Alfonso?...”.

Para el primer semestre de 1968, en el último viernes de febrero, se tiene la ceremonia de graduación del primer antropólogo uniandino, Juan Yangüez, panameño, quien había colaborado como monitor del profesor Reichel en sus cursos de arqueología de América y realizado una investigación en el Huila, y quien falleciera en la ciudad de Panamá hace algunos años.

Reichel-Dolmatoff mantendrá un invariable afecto por la cultura y la etnología francesa, a lo largo de su vida y que se expresa en sus vínculos con el etnólogo Claude Lévi-Strauss y sus discípulos que vienen a la Universidad de los Andes como docentes en su programa de servicio militar francés. El gobierno de Francia lo distingue con la condecoración Palma de Honor.

Vienen a la Universidad de los Andes varios estudiantes de centros franceses, en su servicio militar, como Jon de Landaburu, profesor de lingüística y director-fundador del Centro de Estudios de Lingüística Aborigen, patrocinados por el CNR, y quien, bajo la orientación de Reichel, pasa del Liceo Francés Louis Pasteur a regentar las cátedras de lógica y lingüística en el departamento de antropología de la Universidad de los Andes, y otros que vendrán luego a la selva amazónica, como Patrice Bidou, o a la Guajira, como René Picon. Y también vendrán los discípulos de Edmund Leach, de las escuelas de formación de la antropología británica.

Hay en Reichel-Dolmatoff un marcado interés y simpatía por el rigor lógico y el racionalismo francés. En sus lecturas no deja de admirar a Montaigne, a Montesquieu y sus *Cartas persas*. Londres y sobre todo París serán las ciudades que le embelesan:

Sí, París para mí es el centro del mundo. Mi eje cultural es París-Londres. Lo que París ofrece y significa para mí es tan variado, tan complejo, que es difícil decir: “Me dediqué a ese u otro campo”. Para

una persona con intereses histórico-culturales, artísticos, en fin humanísticos, es difícil decidirse a un estrecho campo de especialización: las tentaciones y posibilidades son tantas.

Eran épocas de cambio, de agitación estudiantil, de intrigas e intereses en el espacio de las directivas. Los estudiantes cuestionaban las líneas de investigación. Para el profesor Reichel era la urgencia de la investigación etnográfica. El estudiante aspiraba a un más amplio espectro teórico, metodológico, a la antropología de las sociedades complejas. En fin, todos estos elementos precipitaron la renuncia del profesor Reichel en 1968, y luego de otros docentes e investigadores. A quienes sucederán Ann Osborn, Vera Dagny-Stael, Remy Bastien, Álvaro Chávez, Ernesto Guhl, Gregorio Hernández de Alba, bajo la dirección de Egon Schaden.

Reichel-Dolmatoff retornará en 1990 al campus uniandino a recibir el reconocimiento académico a su vida y obra, a recibir el diploma honoris causa. La Universidad Nacional de Colombia, en 1987, le había otorgado un doctorado. Hoy son sus alumnos de los 60 quienes orientan los cursos del programa de antropología de la Universidad de los Andes: Jorge Morales, Fabricio Cabrera, Helena Uprimmy y los alumnos de sus alumnos, y así continúa esta tradición desde hace treinta y cinco años.

Aún antes de su retiro de la Universidad de los Andes se mantendrá vinculado a la Universidad de California, y su atención investigativa se orientará a fondear en los procesos neuropsíquicos, en las estructuras de pensamiento, en los fundamentos lógicos del universo mental de sus amigos los indios tukanos, los chamanes en sus trances y estados alterados de conciencia; una de las más fascinantes facetas de su producción antropológica, en la madurez de su creación y reflexión científica, en torno a las etnias y sistemas simbólicos del noroeste amazónico. Como profesor visitante, imparte conferencias en diversas universidades de América, Europa y Asia, pero su actividad en sus últimos años será básicamente de gabinete, en una faena cotidiana sin tregua ni vacaciones.

No se trata, entonces, de las andanzas de un aventurero que recorre a América con intereses comerciales de coleccionista o reportero científico. Tampoco tiene el espíritu empresarial de exportador de materias primas o de representante de intereses comerciales ni de agente de firmas extranjeras o de aventuras de carácter agrícola o de minería, que identifica a tantos inmigrantes y viajeros del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX.

Es un joven austriaco que llega a América y se hace colombiano, forma hogar y se dedica exclusivamente a la investigación, sin descanso hasta su muerte, con unos cortos períodos dedicados a la docencia, a hablar en público con ese respeto y temor que le causaba dirigirse a un auditorio, siempre apoyado en un texto escrito y midiendo cada frase, cada adjetivo. Ajeno al oficio del palabrero tropical.

Su alejamiento de la vida universitaria lo compensa con la intensificación de sus diálogos epistolares y el procesamiento lento y complejo de la decodificación cultural de las grabaciones y apuntes de sus viajes al Vaupés. Continúa publicando y viajando.

La producción etnográfica posterior a *Desana* (1967), estará entreverada con la publicación de resultados de investigaciones arqueológicas como *Monsú* y *San Agustín*, y de la reescritura de su primer libro panorámico sobre el pasado abori-



Hijo de Manuel Quintín Lame, Ortega (Tolima), 1942.

gen: *Colombia Ancient sites and People*, en versión al español por encargo de la Segunda Expedición Botánica y que se publica con el título *Introducción a la arqueología de Colombia*, preparada en su refugio de Villa de Leiva. Una segunda edición aparecerá en la Biblioteca Familiar de la Presidencia de la Republica.

A diez años de publicarse *Desana*, se pone en circulación, en la colección editorial de Ucla, de la Universidad de California, un álbum de testimonios visuales de indígenas amazónicos bajo el influjo del alucinógeno yagé: *Beyond the Milky Way: Hallucinatory Imagery of the Tukano Indians*, Los Angeles, 1978. Le apasionan los

fenómenos desencadenados por la ingesta de psicotrópicos en las actividades del funcionamiento del cerebro de chamanes en trance o estados alterados de conciencia y que han generado un caudal de publicaciones en inglés de sorprendente interés científico y académico. Estos escritos suyos sobre el tema, publicados originalmente en diversas publicaciones seriadas y recientemente vertidos al español: *Chamanes de la selva. Ensayos sobre los indios tukano del noroeste amazónico*, 1997, son quizá los más elaborados y tal vez los menos conocidos en el medio académico colombiano.

La comunidad científica nacional, los centros universitarios, así como las entidades académicas y científicas del exterior, buscaban con afán hacer un reconocimiento a su dedicación de una vida al estudio de la cultura colombiana en los indios como portadores de ese patrimonio vivo tan frágil y complejo, más allá de la cultura coagulada del patrimonio histórico.

Los gobiernos a escala nacional, departamental y local le han otorgado sus máximas condecoraciones. Recibe premios y distinciones académicas de entidades científicas y ofertas para reeditar sus publicaciones, y es invitado como profesor visitante a diversas universidades.

Es la época en que vuelve a añorar la Europa de sus años mozos. En el marco de su larga amistad con el historiador Malcolm Deas, éste, en sus ires y venires, logra sincronizar sus viajes con las estancias de Reichel en su casa-biblioteca de Oxford.

Será Malcolm su guía en la preparación de su ingreso como profesor visitante al campus de la Universidad de Cambridge, respondiendo a la minuciosa lista de preguntas rigurosamente consignadas en papel: hora de llegar a Cambridge, primeros contactos, indumentaria, forma de saludo, temas que han de tratarse y cuáles son los vedados. Reichel le indaga hasta por la decoración de su cuarto de huésped: Malcolm aconseja que lo haga con la policromía de un tigre, que el felino le ambiente y le dé toque personal al espacio del antropólogo visitante. Todo pareció salir a la perfección según el libretista y el ejecutante, en una simbiosis entre el *scholar* inglés y el antropólogo suramericano de visita al campus por excelencia.

Más tarde volvería a Inglaterra a recibir la medalla Huxley, en un escenario que le permite hacer una de sus más brillantes y lúcidas exposiciones sobre el mobiliario mental del indio amazónico y sus relaciones con su medio ambiente cósmico y físico.

Viaja por Europa: Francia, España, Italia. Va a Venecia y visita la sacristía de la catedral de San Marcos, donde se conserva la silla arzobispal y en su espaldar la talla del "árbol de la vida", uno de los más extraños simbolismos de Occidente.

Vuelve a Asia, visita ciudades y universidades japonesas y se embelesa con el ceremonial universitario de Oriente. Pero su monolítica salud de hombre de campo comienza a quebrantarse. Nunca se había cuidado ni en el comer ni en el fumar. Buen cazador y pescador, no dejó de preferir las carnes a los vegetales. Frugal en el licor, era consumidor desahogado de café colombiano y de tabaco rubio fuerte; su cigarrillo preferido era el Lucky Strike. Disfunciones de carácter cancerígeno y una tardía afección en el metabolismo glucosa-insulina le exigieron someterse a ciertas dietas; entonces buscó alivio en terapias alternativas, se inició como paciente de la acupuntura china, bajo los cuidados de sus jóvenes amigos médicos Peñaranda y otros colegas. Próximo a viajar a España como invitado a un simposio internacional, daba los últimos retoques al texto de su ponencia y, mientras se



Bailarín pijao con tiple, Alto de Ortega (Tolima), 1943.

ocupaba de su rutinario ritual matutino de la afeitada, se le atravesó la muerte deteniendo su corazón.

UN LEGADO PERDURABLE

Aunque no fue un ferviente y celoso practicante de los preceptos católicos, la formación rígida de la liturgia benedictina de su niñez le hacía difícil aceptar la apertura a las lenguas y ceremonias de las culturas vernáculas que agenció el Concilio



Cacique chimila Tangrutaya Mutsu con macana en el río Ariguani, región de Pericú, 1944.

Vaticano Segundo. Consideraba incomparables los elementos y la parafernalia de la liturgia en latín en las misas solemnes con incienso, cirios, venias, órgano de tubos y canto gregoriano. Alguna vez me señalaba que “no pasaban de ser misas negras” las del posconcilio, desteñidas de la ritualidad y faltas de sacralidad.

Siempre cuestionó desde la cátedra y en sus escritos el influjo del misionero como agente de deculturación, al igual que los procesos de evangelización cristiana en las etnias americanas, así como cuestionaba el efecto “integrador” (“la negación del otro”) de la civilización. “¿Pero de cuál civilización estamos hablando? Los llamados ‘civilizados’ que viven en los territorios indígenas, cerca de las misiones, no son siempre los mejores representantes ni modelos edificantes de nuestra cultura. Todos conocemos la codicia del pequeño comerciante, del colono, del cauchero, del dueño de tienda, todos los cuales se aprovechan del indio, tratando de endeudarlo, de obtener sus servicios por el precio más bajo, de quitarle sus tierras y sus mujeres. Pero ellos son la civilización y al mismo tiempo representan el poder y la justicia. Esta constelación de misioneros, de ‘civilizadores’ de indios, recuerda a veces más bien la encomienda del

siglo XVI; son verdaderos sistemas coloniales en los cuales se cometen las injusticias más grandes contra el indio". Así se dirigía a los obispos, prefectos y misioneros del posconcilio en un encuentro en Melgar, en 1969: "En toda América Latina se está operando un gran cambio. Hay una profunda preocupación por encontrar valores propios, autóctonos; por formar verdaderas naciones y una gran civilización latinoamericana. En este gran esfuerzo el indígena no debe quedar mudo. Su filosofía, su paciencia, su generosidad deben formar parte de esta nueva síntesis. El misionero y el antropólogo —mejor aún, el misionero-antropólogo— serán los voceros de este mundo ignorado y despreciado, pero tan valioso, que es el del indio americano".

Pero no porque desconociera o le fueran repulsivos los elementos populares de las culturas tradicionales. El académico de porte ceremonial en el salón de clase daba paso a un ánimo sorprendente, cuando de tertulias fiesteras se trataba, con la serenata con que sus alumnos le festejábamos su cumpleaños. Entonces, al calor de su chimenea, cuando llegaba la hora de entonar la música, el profesor Reichel siempre pedía los corridos mexicanos que le entusiasmaban: el de los balazos fatídicos de los amores de Rosita Alvires, el corrido de Simón Blanco, para pasar luego a la entonación de vallenatos. Pero no podía faltar, entre las canciones de carrilera, *La cuchilla*. Toda esa música que se "molía" en las rocolas en cantinas de pueblo, prostíbulos, plazas de mercado y terminales de transporte...

De las campesinas admiraba las abigarradas combinaciones de sus ropajes. Pero, por sobre todo, lo sobrecogían esa actitud trágica de los colombianos, esa subvaloración ante la vida y esa fascinación por la muerte.

Más allá, el arqueólogo sumergido en los tiestos de su laboratorio cerámico siempre se interesó por los vivos, en especial por aquellos campesinos, pescadores e indios anónimos, sus contertulios preferidos, a quienes la modernización iba borrando del perfil del pueblo colombiano, siempre relegados por la pirámide del poder y el dinero. Por toda esa diversidad étnica, esa complejidad morfológica del territorio, la variedad de expresiones y formas de adaptación y de supervivencia, los valores ancestrales de los humildes y la simplicidad de sus vidas frente a la acumulación de riqueza y ostentación de la sociedad emergente del narcotráfico que se irrigaba por los ríos amazónicos y cordilleranos.

Fue un discurso casi circular el denunciar el valor incomprendido de las minorías étnicas, la belleza de sus cuerpos, que plasmó en películas en blanco y negro. Siempre le fascinaron —y así lo exponía con entusiasmo y orgullo ante los auditorios académicos y los contertulios de ocasión: presidentes, ministros, obispos, empresarios, de un medio social que esquivaba— la riqueza y creatividad de sus concepciones y la simplicidad de sus vidas.

Tampoco pudo nunca entender el sentido de realidad que podrían tener los juicios acusatorios de barbarie, belicosidad, crueldad que les acomodaban los cronistas de Indias a los cacicazgos del Cauca Medio, por ejemplo. Repetía, al referirse a estas etnias que "no había posibilidad de convivencia" de rasgos de tanta perfección artística y tecnocultural como los de la orfebrería y la cerámica quimbayas, con los juicios de bestiales, de endemoniados, que les achacaron los iberos a sus dominados.

Hasta mediados del siglo pasado, cuando emerge el movimiento etnográfico que hemos identificado aquí de una manera impresionista, no era mucho lo que se mantenía adecuadamente como verificable del conocimiento del hombre y la



Matrimonio en un poblado del alto río San Juan: los hombres usando corbata y traje entero. Chocó, 1961.

cultura colombiana. El imaginario social de las elites se nutría de elisés y estereotipados juicios peyorativos hacia todo lo que les pareciera indio y negro, mestizo o popular.

El desarrollo de las ciencias del hombre, en su intento de generar una línea básica de investigación, ha avanzado considerablemente en los últimos decenios. Mas, retomando los aportes de aquella generación pionera de etnólogos y antropólogos en la que el profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff se destaca por el volumen y el rigor de sus estudios, debe señalarse en sus propias palabras en qué consistió su aporte al desarrollo científico de la antropología:

En el campo de la arqueología, mi esposa y yo fuimos los primeros en desarrollar un plan regional de investigaciones de campo, dedicándonos durante décadas al norte del país. Dejando de lado por completo la tradicional arqueología "monumental" y espectacular de entierros, estatuas y objetos dignos de vitrinas de exhibición, nos dedicamos a la estratigrafía para trazar un primer esquema cronológico que mostrara una secuencia de etapas de desarrollos culturales prehistóricos. Fuimos los primeros en descubrir y definir la Etapa Formativa en Colombia, un hecho evidentemente de importancia interamericana, pues así sacamos la arqueología colombiana de su insularidad y la incorporamos a un marco continental. También fuimos los primeros en poner en duda el ritualismo penetrante de San Agustín y de comprobar que se trata ante todo de una zona densamente poblada y no de una "necrópolis" misteriosa.

De modo concluyente trata de contextualizar objetivamente su contribución al avance del conocimiento prehispánico de nuestros territorios:



Gerardo Reichel-Dolmatoff durante una temporada de campo en la costa Pacífica, Chocó, 1961.

Por importantes que sean [estos hallazgos arqueológicos], se hubieran efectuado tarde o temprano. Otros hubieran encontrado la Etapa Formativa, hubieran hecho estratigrafía y establecido secuencias cronológicas, hubieran hecho proyectos regionales, como lo hicieron eventualmente en el valle de la Plata y en la región Calima. De modo que el aporte nuestro consistió más bien en un "estímulo", en haber abierto a la arqueología colombiana una serie de nuevas perspectivas, sobre todo en lo que se refiere a la importancia del territorio colombiano como un foco cultural, una zona de despegue y de irradiación hacia Mesoamérica, los Andes centrales y el oriente suramericano.

EL COMIENZO DE UN FINAL

Fiel a los valores cristianos en que creció, al final de sus días hizo amistad con un monje benedictino, de la provincia de Antioquia, y vino a dar rienda suelta a los perennes interrogantes del hombre en su devenir, a los elementos comparativos, a la unidad y diversidad cultural del género humano.

La fecha de sus exequias fue el 17 de mayo de 1994. Correspondió a su amigo el monje benedictino antioqueño, en compañía del sacerdote jesuita y matemático Carlos Vasco, celebrar sus honras fúnebres en la capillita de Santa María de los Ángeles, su parroquia de siempre. Allí llegó quizá por primera vez tarde a la cita de sus exequias; por efecto de los "trancones" del tráfico capitalino de ese día gris y lluvioso que, como siempre, identificó a Bogotá. Él, quien siempre fue un celoso, un estricto observante de horarios, fechas y compromisos.



Entierro secundario: la viuda limpia las órbitas del cadáver, indios yuko, Perijá, 1944.

Tuvo el privilegio de que los oficios litúrgicos de difuntos, de los que era ese día protagonista, se realizaran en latín y se le entonaran cantos gregorianos, y que las reflexiones de los oficiantes, sobre las insondables dimensiones del infinito, del misterio y ese más allá que en tantos grupos y culturas indagó, se entremezclaran en la homilía con los textos bíblicos que citan la trascendencia ultraterrena de la vida.

Sin embargo, en el plano científico, el profesor Reichel siempre tuvo claro que la perpetuidad de las mentes y el trabajo intelectual se daba a través de las publicaciones, así como la inmortalidad biológica se intentaba a través de los genes. Pues, al fin y al cabo, era el hombre un atípico caso de la filogenia de la vida. Así recuerdo cómo, al calor de la chimenea de su casa nos confesara, en alguna noche de tertulia, su amigo el genetista Theodosius Dobzhansky: “La humana es la única especie con conciencia de la muerte”.

Le sobrevive una esposa que continúa con Antonio Guzmán, su asistente desano, avanzando en el trabajo inconcluso de traducir las mitologías amazónicas. En los talleres editoriales de Europa y América se continúan publicando textos y libros que su conocimiento de experto bibliómano no pudo degustar antes de su muerte. Y en bibliotecas públicas, universitarias y privadas se releen las páginas, en disper-

sas publicaciones, que dan cuenta de sus hallazgos, de sus interrogantes, de sus preocupaciones y de sus denuncias. Porque no le fue difícil identificar los factores que fueron contaminando los sistemas tradicionales de vida de los indios de Colombia, instaurándose una narcocultura en un ciclo extractivo de caucho, maderas, especies nativas, desde antaño.

Sus escritos no han perdido vigencia, y continúan señalando derroteros a las nuevas generaciones de arqueólogos, antropólogos y científicos de la neurofisiología, la semiótica y la lingüística. Testimonios sobre aquellas amenazas que avizorará como efectos de la globalización de las comunicaciones que ha ido unificando y borrando los caracteres particulares de la cultura, producto de cientos de generaciones en la diversidad de la especie, y que han dado sentido al oficio del antropólogo.

En síntesis, se puede afirmar que, en la literatura etnológica y arqueológica del área intermedia (Ecuador y Colombia) de los últimos treinta años, la obra del profesor Reichel-Dolmatoff es referencia obligada en los estudios comparativos. Reconocidos son sus aportes teóricos y metodológicos en la elaboración de modelos de interpretación sobre el periodo formativo en Colombia, el desarrollo de los cacicazgos subandinos, las dataciones de carbono catorce de los hallazgos orgánicos de sus excavaciones, la trayectoria cultural y la periodización de las culturas regionales del país, así como los estudios multidisciplinarios sobre las etnias y cosmogonías del noroeste amazónico. En resumen, se le reconoce el haber dado profundidad y coherencia interpretativa a las formaciones culturales del país.

Sus artículos aparecerán en diversas revistas y compilaciones norteamericanas, inglesas, francesas y brasileñas, a la par que acoge la necesidad de redactar y traducir textos de divulgación de la ciencia arqueológica, revisando y replanteando sus interpretaciones y acogiendo los aportes de las nuevas investigaciones de colegas y alumnos. Pero no es propósito de este artículo pasar revista a la extensa obra bibliográfica de Reichel, que registramos actualizada a 2002 en las páginas 128 a 139 de este número del Boletín Cultural y Bibliográfico.

En el caso del legado de Reichel-Dolmatoff, podríamos repetir con Karl Popper que “la ciencia será siempre una búsqueda, jamás un descubrimiento real. Es un viaje, nunca una llegada...”, y por eso el timón no puede dejarse a los burócratas del régimen de turno, sino que los problemas del mundo contemporáneo demandan el compromiso de todos los científicos. Así, dirigiéndose a la comunidad científica colombiana en la ceremonia en la que recibía el premio conferido por la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia, citaba un informe del Fondo de Población de Naciones Unidas que denunciaba que los males de la contaminación, de la deforestación, de las malas prácticas agrícolas y de la pobreza tenían una causa común: “La gente está arruinando el lugar y por tanto el futuro no se muestra halagüeño”. Para concluir con un llamado que casi puede definirse como su legado espiritual a la comunidad académica del país:

Señoras y señores: estos problemas causados por la conducta humana, son demasiado serios para dejarlos en manos de una u otra rama de las ciencias. Los científicos, todos los científicos, deben hacer oír sus voces, la voz de la razón, de la lógica, del conocimiento. El tercer mundo americano, con sus enormes recursos materiales y humanos podría constituir un factor salvador determinante, decisivo, ante esta situación.



Baile de gallinazo de los indios chami, Corozal (Valle), 1945.

Pero debemos acelerar al máximo el avance de la conciencia científica, en conjunto con una visión humanística de los problemas a que estamos abocados. Se deben evaluar con toda claridad los desastres ecológicos, económicos y sociales, y esta apreciación no se puede dejar en manos de la burocracia. Porque tenemos, entonces, que insistir en todas partes del tercer mundo que los gobiernos estén asistidos en sus acciones por masivos grupos de científicos altamente calificados; que los gobiernos dediquen un presupuesto adecuado a la enseñanza y al avance de la ciencia.

Ésta fue su constante preocupación: alcanzar un estatus reconocido por la sociedad para el científico social, más allá de la caricatura de seres extraterrenales a espaldas de la realidad, encapsulados en sus gabinetes.

RECONOCIMIENTOS

El texto tiene la pretensión de hacer un trazo selectivo de algunas facetas de la vida del profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff, más que una biobibliografía analítica de los logros, vigencia o limitantes teórico-metodológicos de sus estudios lingüísticos, arqueológicos y etnológicos.

Aquí no se incursiona en los contenidos de sus publicaciones, pues éste es un aspecto ajeno a este boceto biográfico, y sería pretencioso abocarlo con ligereza.

El autor tuvo el privilegio de ser su asistente administrativo, cuando ejercía la dirección de la carrera de antropología en la Universidad de los Andes (1967-1968), y su alumno en los cursos de arqueología y de etnología de Colombia, y de arqueología de América, y de colaborar con doña Alicia Dussán de Reichel como su monitor de los cursos de antropología cultural y en la elaboración del índice temático de *Desana: Simbolismo de los indios tukana del Vaupés*, Universidad de los Andes (1968), mi rito de iniciación en el oficio de editor.

El autor agradece a doña Alicia su apoyo en la ilustración del texto, al abrir su archivo fotográfico familiar, y también por precisar algunos datos de la vida terrena del profesor Reichel. Al profesor Malcolm Deas, su interlocutor inglés, gracias por sus provocativos recuerdos y trazar rasgos de la personalidad del profesor Reichel. Al doctor Hernando Groot, por su versión del ingreso y salida del profesor de la Universidad de los Andes, matizada de anécdotas.